

# Galvarino el indomable

AUGUSTO VIVALDI CICHERO\*

Las opiniones de los soldados españoles que constituyen la hueste india en las empresas de la conquista de América, relativas al valor indígena y a sus dotes y capacidades militares, son variadas, interesadas y parciales. Pero en relación a un pueblo indígena hay unanimidad de pareceres; como lo afirma Alberto Salas: "Los Araucanos no podían ser desprestigiados por nadie, luego de tantos elogios y admiraciones que les prodigaron los mismos españoles"; y luego, citando las fuentes hispánicas, agrega: "Lo menos que dicen de los Araucanos es que están 'españolados' y que forman y sostienen el escuadrón como tudescos"<sup>1</sup>.

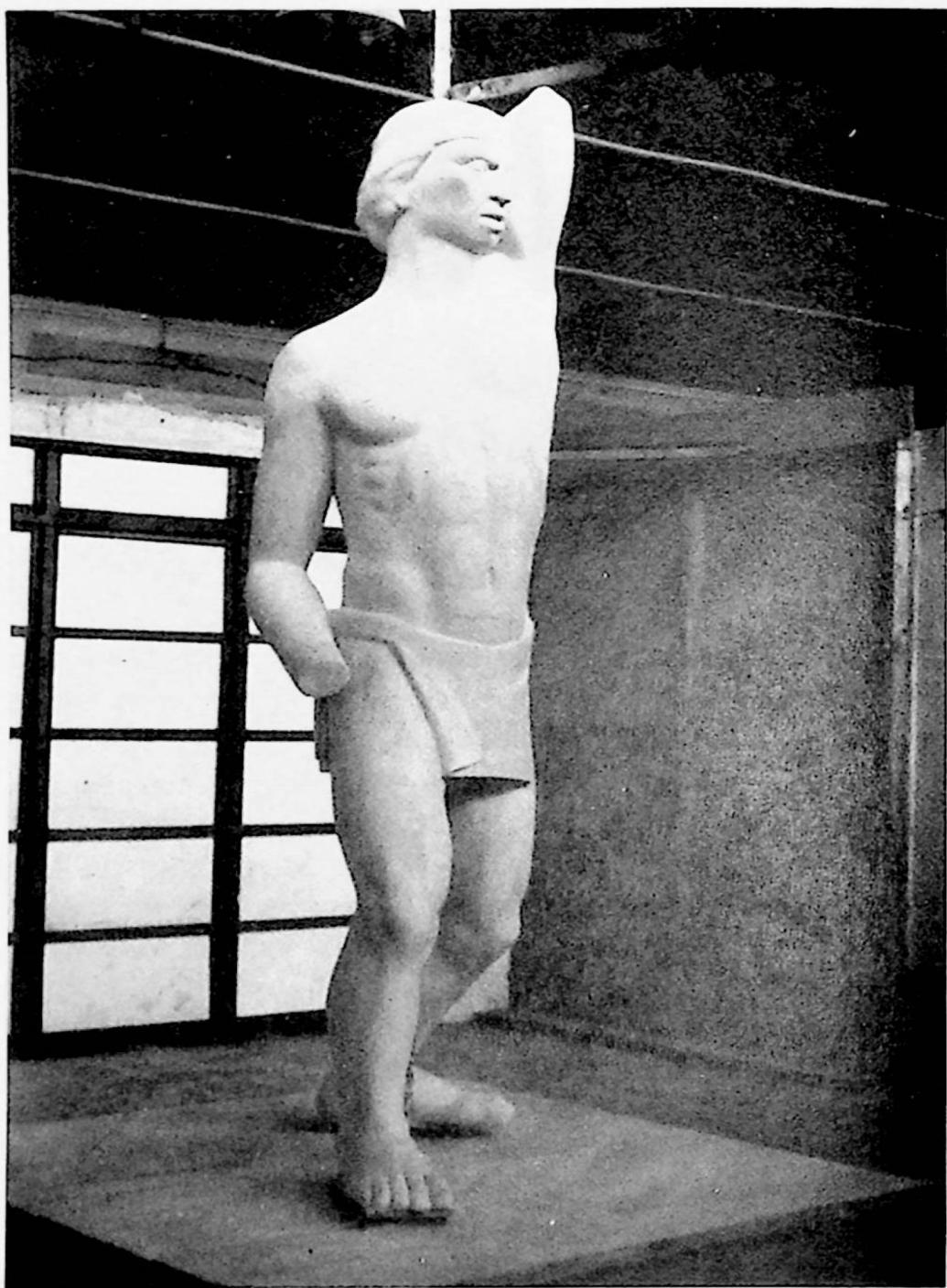
Pedro de Valdivia refiere al Rey que en la batalla de Andalién fue acometido por "tres escuadrones bien grandes con tan ímpetu y alarido que parecían hundir la tierra, y comenzaron a pelear de tal manera que prometo, mi fe que ha 30 años que sirvo a V. M. y he peleado contra muchas naciones, nunca tal tesón de gente he visto jamás pelear, como estos indios tuvieron contra nosotros"<sup>2</sup>.

Debe considerarse las características únicas de la guerra hispano-indígena y Salas lo expresa claramente: "Aun los más cursados de las guerras de Italia y Flandes habían de aprender todo de nuevo, hasta caminar y tratar

\*Augusto Vivaldi Cichero: Profesor de Historia de Chile y de América Contemporánea, en la Universidad de Concepción.

<sup>1</sup>Alberto Mario Salas, *Las Armas de la Conquista*, pág. 15, Emecé Editores S. A., Buenos Aires, 1950.

<sup>2</sup>Pedro de Valdivia, *Cartas de Pedro de Valdivia*, pág. 133, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1953.



Por iniciativa del ex rector de la Universidad de Concepción, Guillermo Clericus Etchegoyen, se coordinaron esta casa de estudios, la Municipalidad de Coronel y autoridades regionales, para erigir un monumento a Galvarino. Encargado de realizar esta obra fue el Director del Departamento de Arte de la Facultad de Educación, Humanidades y Arte de la Universidad de Concepción, Enrique Ordóñez. Es escultor y pintor, con estudios especializados en la Escuela de Canteros de Samuel Román. Licenciado en arte.

Lo que muestra la fotografía es el modelo en escayola, a escala real, de tres metros de altura. Será fundido en bronce para inaugurarlo en 1988 en el lugar denominado Lagunillas, cercano a Coronel.

a los hombres”<sup>3</sup> y agrega: “La empresa que afrontan estos hombres adquiere la variedad propia de las tierras que se conquistan y todas las que imponen la diversidad de armas y culturas aborígenes. El vestido, las armas, y quien es baquiano en la guerra peruana fracasa en Chile, donde por lo general se desvanecen todas las glorias italianas y flamencas”<sup>4</sup>.

La capacidad militar de los mapuches se expresa en el magnífico escuadrón araucano, masas de guerreros ordenados y con disciplina en corridas de cien hombres, una de piqueros y otra de flecheros. Estos escuadrones fueron el muro contra el que mortalmente se estrellaron en Tucapel Valdivia y sus compañeros.

La muerte de Pedro de Valdivia motivó al Virrey del Perú Hurtado de Mendoza a intervenir enviando a este reino la más extraordinaria expedición, financiada con fondos de la corona, al mando de su hijo, el joven de 21 años Don García. Componíase de cuatro buques grandes y otros cuatro pequeños, la flota más numerosa venida a Chile: cuatrocientos hombres provistos de armas y bien apetrechados y quinientos caballos de los cuales cuarenta eran para la silla del nuevo gobernador. Lo acompañaban importantes jefes militares, contaba con la asesoría del licenciado Hernando Santillán, Oidor de Lima, contadores, veedores, factores y no menos de diecisésis sacerdotes. Barros Arana dice, refiriéndose a los acopios de armas y municiones, que “Chile no había recibido hasta entonces una provisión igual de objetos de esta naturaleza. Las armas traídas por Don García bastaron para abastecer el Ejército de Chile durante muchos años. El equipo personal del gobernador, sus ropas y sus armas eran de lujo, de una abundancia que no tenían la menor idea los conquistadores de este país”<sup>5</sup>.

Llegaba en junio de 1557 a la Bahía de Concepción, estableciendo su campamento en la isla Quiriquina, la expedición de Don García, y de inmediato ordenó a los encomenderos de Santiago reunirse en el fuerte que establecería en la destruida Concepción. Obedeciendo esta orden Rodrigo de Quiroga salió de Santiago con doscientos treinta hombres y ochocientos caballos. El 20 de agosto, terminado el fuerte, se estableció en él Don García con su gente.

La presencia de los españoles nuevamente en sus tierras decidió a los

<sup>3</sup>Alberto Mario Salas, *Las Armas de la Conquista*, pág. 329, Emecé Editores S.A., Buenos Aires, 1950.

<sup>4</sup>Alberto Mario Salas, *Las Armas de la Conquista*, pág. 334, Emecé Editores S.A., Buenos Aires, 1950.

<sup>5</sup>Diego Barros Arana, *Historia General de Chile*. Tomo II, pág. 107. Rafael Jover Editor, Santiago, 1884.

indios a hacer "correr la flecha" y a enviar a los diferentes jefes los "yipo", cuerdas con tantos nudos como días faltan, para la junta de los guerreros, y colocar, anunciando el público estado de guerra, las ramas de canelo con flechas ensangrentadas atravesadas, en los senderos.

Notician los cronistas la inmediata réplica de los indios y aseguran que en número de siete mil atacaron la recién levantada empalizada, siguiendo las prácticas en uso de aumentar exageradamente la cantidad de enemigos y a lo difícil de calcular, dado el natural temor que produce enfrentar muchedumbres de indios chivateando, provocando lúgubres ruidos, pintados sus rostros y cuerpos en procura de los efectos mágicos de victoria y de asustar e impresionar al enemigo. Los españoles en su primer enfrentamiento se defendieron desde dentro con arcabucería y con las piezas de artillería. Lucharon contra estos medios los indios por más de dos horas, para luego dispersarse. La llegada de los refuerzos españoles con la caballería les hizo volver a sus tierras. Aunque entonces eran muchos, estaban desarmados y desnudos, como desmontados. Era un vulgo bárbaro y feroz, con más cólera y fuerza que arte para resistir las balas y la caballería, espadas y lanzas. Usaban flechas con pedernales o huesos de animales, mazas de palo y lanzas sin hierro y generalmente los más ofendían y se defendían con largos bastones que llaman macanas, pero los cuerpos desnudos, armados de su coraje y resolución. Algunos tenían espadas de las despojadas anteriormente, pero hasta hoy los que las usan no saben cortar con ellas y aunque en aquellos tiempos tuviesen 200 espadas, partidas entre tanta gente, poco podían ofender. Conque sólo el número grande de enemigos con la alternación que sucedía, podían hacer resistencia, herir y matar, cansando a los nuestros con nuevas fuerzas y socorros<sup>6</sup>.

Antes de iniciar la campaña, despachó don García al capitán Ladrillero con dos navíos para el Estrecho de Magallanes y a cinco hombres a la Imperial (Carahue), "para que saliese la gente que pudiese, dejando buen recaudo en ellas y que, para fines de octubre, bajasen a Biobío porque en aquel tiempo estaría"<sup>7</sup>.

Por su parte, los mapuches plantearon como estrategia para enfrentarse a los españoles tres lugares: los de la Concepción y alrededores resistirían en Andalicán; los de Arauco, en Millarapué, y los de la comarca, en

<sup>6</sup>Gerónimo de Quiroga, *Memorias de Los Sucesos de la Guerra de Chile*, págs. 129 y 130. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979.

<sup>7</sup>Gerónimo de Bibar, *Crónica de Bibar*, pág. 200, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1966.

Tucapel. En ese lugar, de ser desbaratados los del primer lugar, se replegarían al segundo y si sucedía lo mismo aquí, se adjuntarían al tercero para hacer la guerra todos juntos.

Dice Gerónimo de Bibar: "Salió el gobernador del asiento de La Concepción, viernes a veinte y nueve de octubre del año mil quinientos y cincuenta y siete, y llegó al gran río de Biobío. Tardó en pasar la gente cinco días, y al sexto llegó el capitán Pero Esteban, con cincuenta hombres muy bien aderezados de armas y caballos; iban doscientos arcabuceros y cinco piezas de artillería. Salió el gobernador de este río, jueves, cuatro de noviembre, y fue a alojarse en un llano junto a un arroyo"<sup>8</sup>.

Ercilla lo refiere así:

"Cerca de un agua al pie de una ladera,  
En cómodo lugar y llano asiento  
Hicimos el primero alojamiento"<sup>9</sup>.

Gómez de Vidaurre cita las palabras de Don García a sus soldados:

"Acordaos, señores, cómo habéis peleado otras veces. No sea menor vuestro valor en estas que en las pasadas ocasiones, antes bien en esta debe mostrarse mucho mayor, pues de vencer en esta pende el domar al araucano. El se muestra tímido, pues no ha hecho oposición a nuestro desembarco: señal que él conoce la inferioridad de sus fuerzas y que debemos esperar una perfecta victoria. Vuestro valor debe ir regulado por la obediencia a mis órdenes, a las que, sin dejaros llevar del furor ni del deseo de acabar con ellos ni del miedo de la muerte vecina debéis estar atentos. Cualquiera excepción os será de mucho daño"<sup>10</sup>.

Los dos capitanes, Caupolicán y Don García, enviaron escuadras de reconocimiento y al producirse el encuentro de los españoles con los indios, según Ercilla,

"Vieron de allí (Cuenta Andalicán)  
Cerrando el paso á la siniestra mano,

<sup>8</sup>Gerónimo de Bibar, *Crónicas de Bibar*, pág. 201, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1966.

<sup>9</sup>Alonso de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana*, pág. 356, Imprenta Elzeviriana, Santiago, 1910.

<sup>10</sup>Felipe Gómez de Vidaurre, *Historia Geográfica Natural y Civil del Reino de Chile*, pág. 87, CHCH, Imprenta Ercilla, Santiago, 1889.

Diciendo: "¡Espera! espera! tente! tente!  
Vermos quién es hoy aquí valiente"<sup>11</sup>.

La primera escaramuza la sostiene el maestro de campo García Ramón, quien con sus hombres se lanza sobre los indios.

Refiere Ercilla:

Mas, un cerrado muro y baluarte  
De duras puntas al romper hallaron,  
Que con estrago de una y otra parte  
Hecho un hermoso choque, repararon:  
Unos pasados van de parte á parte.  
Otros muy lejos del arzón volaron.  
Otros heridos, otros estropeados,  
Otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto ¡oh pluma mía!  
Las memorables cosas señaladas  
Y los crudos efectos deste día  
De valerosas lanzas y de espadas;  
Que, aunque ingenio mayor no bastaría  
A poderlas llevar continuadas,  
Es justo se celebre alguna parte  
De muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante  
El primero escuadrón iba guiando.  
Con muestra airada y con feroz semblante,  
El firme y largo paso apresurado,  
Cala la gruesa pica en un instante,  
Y, el cuento entre la tierra y pie afirmando,  
Recibe en el cruél hierro fornido  
El cuerpo de Hernán Pérez atrevido.

Tucapelo Gallardo, que al camino  
Salió al valiente Osorio, que corriendo  
Venía con mayor ánimo que tino,  
Los herrados talones sacudiendo,  
Mostrando el cuerpo, al tiempo que convino

<sup>11</sup>Alonso de Ercilla, *La Araucana*, pág. 357.

Le dio lado, y la maza revolviendo,  
Con tanta fuerza le cargó la mano  
Que no le dejó miembro y hueso sano<sup>12</sup>.

La situación de los españoles es crítica, y estando en peligro su total destrucción, Don García manda en su socorro a Alonso de Reinoso con cincuenta soldados de a caballo.

Escribe Ercilla:

“La fuerza contra tantos no bastaba,  
Que ya la espesa turba alharaquienta  
En confuso montón le rodeaba;  
Pero en esta sazón más de cincuenta  
Caballos que Reinoso gobernaba,  
Que de refresco á tiempo habían llegado,  
Vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió, que aunque hallaron  
De gruesas astas un tejido muro,  
El cerrado escuadrón aportillaron,  
Probando más de diez el suelo duro:”<sup>13</sup>.

Las fuerzas de Reinoso no fueron suficientes para repeler a los araucanos y Ercilla también lo relata:

“Pero muy presto la araucana gente,  
En la española sangre ya cebada,  
Los hizo revolver forzosamente  
Y seguir la carrera comenzada,  
Tras éstos, otra escuadra de repente  
En ellos se estrelló desatinada;  
Mas, sin ganar un paso de camino  
Volver rostros y riendas les convino”<sup>14</sup>.

Animados los indios con la ventaja que creían haber tenido, se lanzaron con increíble impetuosidad, procurando mezclarse con el enemigo, sin atender

<sup>12</sup>Alonso de Ercilla, *La Araucana*, pág. 359.

<sup>13</sup>Alonso de Ercilla, *La Araucana*, pág. 360.

<sup>14</sup>Alonso de Ercilla, *La Araucana*, pág. 360.

el gran fuego que hacían ocho piezas de campaña que precedían a la gente española, y a la fusilería que no cesaba de descargar sobre ellos, sin que se perdiese una bala.

“Iban los araucanos tan cebados  
que por las picas nuestras se metieron;  
Pero vueltos en sí, más reportados,  
El suelto paso y furia detuvieron,  
Y al punto, recogidos y ordenados,  
La campaña al través se retrujeron  
Al pie de un cerro, á la derecha mano,  
Cerca de una laguna y gran pantano;

Donde de nuestro cuerno arremetimos  
Un gran tropel á pie de gente armada,  
Que con presteza al arribar les dimos  
Espesa carga y súbita rociada:  
Y al cieno retirados, nos metimos  
Tras ellos, por venir espada á espada,  
Probando allí las fuerzas y el denuedo  
Con rostro firme y ánimo, á pie quedo.

Jamás los alemanes combatieron  
Así de firme á firme y frente á frente  
Ni mano á mano dando, recibieron  
Golpes sin descansar á manteniente,  
Como el un bando y otro, que vinieron  
A estar así en el cieno estrechamente  
Que echar atrás un paso no podían.  
Y dando aprisa, aprisa recibían.

Quién, el húmido cieno á la cintura,  
Con dos y tres á veces peleaba;  
Quien, por mostrar mayor desenvoltura,  
Queriéndose mover, más atascaba;  
Quien, probando las fuerzas y ventura,  
Al vecino enemigo se aferraba,  
Mordiéndole y cegándole con lodo,  
Buscando de vencer cualquiera modo”<sup>15</sup>.

<sup>15</sup>Alonso de Ercilla, *La Araucana*, pág. 361.

La Laguna es lagunilla llamada ahora La Posada, en el camino de Concepción a Coronel, entonces más extensa y con más dificultades de drenaje, por lo que alrededor existía una gran ciénaga. A pie se enfrentaron allí mapuches y españoles, por ello apunta Ercilla:

“Andaba igual, y en duda la fortuna,  
Sin muestra ni señal de declararse  
Mínima de ventaja en parte alguna;  
Ya parecían aquéllos mejorarse;  
Ya ganaban aquéstos la laguna:  
Y la sangre de todos derramada  
Tornaba la agua turbia colorada”<sup>16</sup>.

Uno de los capitanes importantes mapuches, Rengo, con odio y encendida ira, en medio del pantano blande su maza, machuca las cabezas y quebranta los cuerpos de los españoles, y con voz amenazante gritaba:

“Venid, venid á mí, gente plebea,  
En mí sea vuestra saña convertida,  
Que soy quien os persigue y quien desea  
Más vuestra muerte que su propia vida,  
No quiero ya descanso hasta que vea  
La nación española destruída;  
Y en esa vuestra carne y sangre odiosa  
Pienso hartar mi hambre y sed rabiosa”<sup>17</sup>.

Ahora los españoles se introducían a la ciénaga hasta la cintura y espada en mano atacaban a los indios; por ello Rengo retira su gente por un paso encubierto entre los chequenales, diciéndoles:

“Amigos, no gastemos  
La fuerza en tiempo y acto infructuoso;  
La sangre que nos queda conservemos  
Para venderla en precio más costoso:  
Conviene que de aquí nos retiremos,  
Antes que en este sitio cenagoso,  
Del enemigo puestos en aprieto,  
Perdamos la opinión y él el respeto”<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> Alonso de Ercilla, *La Araucana*, pág. 362.

<sup>17</sup> Alonso de Ercilla, *La Araucana*, pág. 362.

<sup>18</sup> Alonso de Ercilla, *La Araucana*, pág. 364.

Dueño del campo, Don García hizo salir la caballería en su seguimiento, y ésta, haciendo entre ellos un estrago imponderable hasta dentro de los mismos bosques, concluyó la jornada con la victoria en Lagunillas.

Los cronistas señalan a algunos españoles nombrándolos: entre ellos García Ramón, Reinoso, don Miguel y Pedro de Avendaño, Escobar, Juan Jufré, Cortés, Aranda, Losada, Peña, Córdoba, Miranda, Bernal, Lasarte, Quiroz, Olmos de Aguilera, Aguirre, Toledo, Carranza, Aguayo, Castillo, Cano, Paredes, Santillán, Navarro, Avalos, Viezma, Cáceres, Bastida, Galdames, Ponce de León, Vega, Velazque, Verdugo, Rivera, Alegria, Barrios, Pineda, Esquivel, Godoy, Lagos, Vergara, Arias, Lira, Mejías, Pérez Osorio, Saldaña, Zúñiga, Gutiérrez, Bustamante, Guzmán, etc. Estos son los apellidos de los conquistadores. También nombraremos los hombres más señalados de Arauco: Tucapel, Rengo, Colo Colo, Talcomara, Lincoyán, Inillo, Paicaví, Conamanhue, Lambeco, Gumpileolco, Leocotón, Alomaca, Cañiotaro, Millalermo, Galvarino, Andalicán.

Terminada la batalla de Lagunillas como fatigosa victoria española, Don García "no conociendo las dotes de los ánimos de los araucanos, pensó con un ejemplar castigo atemorizarlos. El gobernador no dio cuartel a los rendidos, hizo quitar la vida a todos los prisioneros, menos a un capitán que, cortadas las manos, envió a Caupolicán para irrefutable testimonio de una bárbara crueldad, distante de toda humanidad, y que más sirvió de irritarlos que de escarmentarlos". "Don García era, ó por índole, ó por sistema, inclinado al rigor. El fué el primero que introdujo en aquella guerra, contra el parecer de la mayor parte de sus oficiales, el uso inhumano de mutilar ó de hacer morir á los prisioneros. Esta deliberación podrá ser quizá buena para contener un pueblo vil ó acostumbrado á la servidumbre. Las naciones generosas detestan la crueldad, se exasperan con ella y se hacen irreconciliables"<sup>19</sup>.

Relata Quiroga:

"Retirado nuestro campo victorioso, se cortaron las manos de algunos rebeldes prisioneros y los soltaron libres para que fuesen a poner terror a los pueblos solevados. Parece que aquí pasó la ira los términos de la razón y perdiendo la fuerza el derecho, justificó la causa del enemigo. Así se contravino al mando que publicó don García cuando dio principio a esta jornada; entonces mandó que se hiciese con los vencidos lo que él deseaba que se obrase con los suyos cuando lo fuesen, por la incertidumbre que tenía

<sup>19</sup>Juan Ignacio Molina, *Compendio de Historia de Chile*, pág. 233, CDHDCH, Imprenta Elzeviriana, Santiago, 1901.

de ser vencedor; pero teniendo ya la victoria en las manos no escrupulizó en cortar las de los enemigos. Uno de los que padecieron este tormento fue Galvarino, bárbaro contumaz / y obstinado, a quien habiéndole cortado la mano diestra, puso la siniestra sobre el tajo y cortadas las dos puso la cabeza, pidiendo con pertinaz porfía se la cortasen; y no consiguiéndolo prometió volver a vengar su injuria, como después lo ejecutó<sup>20</sup>.

Estas cruelezas en la milicia tienen sus dispensaciones porque herir o matar al rendido no es lo propio que castigar al rebelde que aun preso está obstinado; pero como al ejemplo de los Reyes se compone el orbe, así al de los Generales se mueven los de su ejército, y ejecutando unas mismas cosas no siempre son con una misma causa. Así, muchos años después imitaron este ejemplo los sucesores sin distinción del rebelde al rendido: a los más prisioneros colgaban la mano al pescuezo enviándolos a sus tierras a manifestar la clemencia de los cristianos vencedores<sup>21</sup>.

Las citas anteriores están acordes en condenar las crueles prácticas contra los indios prisioneros, ordenadas por Don García con el objeto de atemorizarlos y de este modo apresurar el sometimiento de los araucanos a la corona. Por parte del jefe español se pudiera alegar justificar el trato al demostrar que son indios rebeldes y contumaces que se han resistido a la pacífica conquista hispana.

Veinte años después, en la Información de Servicios del Capitán Juan de Nodar, éste refiere que se le dieron las siguientes instrucciones:

“Y que, si en alguna batalla, trasnochada o correduría se tomaren algunos indios, no se ahorquen, porque la tierra no se disipe dellos, si no que todos aquellos indios que se tomaren de guerra, de quince años arriba, les corten los pies derechos, y si fueren capitanes o indios belicosos, se los corten ambos, porque éste es el mayor castigo que se puede hacer para allanar la tierra, porque son las armas de que ellos más se aprovechan y se confían, que no el valor y ánimo suyo, y porque este castigo no se pierde la potencia para generación ni para la cultivez de la tierra, porque no son ellos los que lo hacen sino sus mujeres, y cuando lo hacen, lo hacen sentados”<sup>22</sup>.

El párrafo anterior demuestra que en las prácticas guerreras los españoles atienden ahora a la conservación de la raza por la procreación y su supervivencia por el cultivo agrícola.

Ercilla describe el suplicio de Galvarino:

<sup>20</sup>Gerónimo de Quiroga, *Memorias*, págs. 132 y 133.

<sup>21</sup>Gerónimo de Quiroga, *Memorias*, pág. 133.

<sup>22</sup>Información de servicios del capitán Juan de Nodar, pág. 124, citado por Alberto Mario Salas, *Las Armas*, pág. 398.

“Retirado del todo el enemigo  
fue entre algunos un bárbaro cogido,  
que mucho se alargó del bando amigo;  
el cual acaso a mi cuartel traído  
hubo de ser para ejemplar castigo  
de los rebeldes pueblos comarcanos  
mandándole cortar ambas manos.  
Donce sobre una rama destroncada  
puso la diestra mano (yo presente),  
la cual de un golpe con rigor cortada,  
sacó luego la izquierda alegremente,  
que del tronco también saltó apartada,  
sin torcer ceja ni arrugar la frente;  
y con desdén y menosprecio dello,  
alargó la cabeza y tendió el cuello,  
diciendo así: “Segad esa garganta,  
siempre sedienta de la sangre vuestra,  
que no temo la muerte, ni me espanta  
vuestra amenaza y riguosa muestra...”.

“...Quiero aceptar, a mi pesar, la vida,  
aunque de modo vil se me conceda:  
que yo espero, sin manos, desquitarme,  
que no me faltarán para vengarme.  
El nombre deste bárbaro obstinado,  
que por ser animoso y atrevido  
el audaz Galvarino era llamado”<sup>23</sup>.

El campo de Caupolicán, con la gente de reserva, estaba en las laderas de Chivilingo y ahí llegaron los restos del poderoso ejército que había luchado en Lagunillas, en donde los indios perdieron más de ocho mil hombres y muchos prisioneros.

...“Galvarino, obstinado e impaciente, mostrando los desangrados troncos sin manos, y puesto en medio del gran concurso, levantándolos en alto, alzó la voz y les dijo con indecible rabia y coraje: Valerosos amigos y compañeros, si solíades vengar tan de veras las injurias ajenas, ¿cómo ahora estáis tan cobardes y tibios, que viendo apoderados de vuestras posesiones a unos pocos hombres extranjeros, no acertáis a tomar resolución de vengar los

<sup>23</sup>Alonso de Ercilla, *La Araucana*, págs. 364, 365-366.

agravios hechos con tan ejemplar castigo, que ninguno se atreva a repetir su atrevimiento? Mirad aquí mi cuerpo, que es miembro del vuestro, despedazado, y por afrentaros más me envían lleno de injurias para que veáis en mí el vituperio que os representan estos extraños, digo, los cuales han protestado desmembrar con crueles tormentos a todos los caciques, sin admitir ningún partido ni concierto".

"Vanamente habéis adquirido la fama y honor: si ahora abatidos tenéis resfriada la sangre, cuando los más la han derramado en defensa de su patria y libertad, tanto mayor es ya vuestra caída, cuanto más alta fue vuestra exaltación; y el aprecio que se hizo de vuestras hazañas iguala al desprecio que hoy se hace de vuestro desvanecimiento. No son éstos unos pobres extranjeros que, con títulos de clementes, os ofrecieron su amistad para reduciros a su obediencia, amenazándoos con que si no os rindieses, luego os oprimirían con las armas, ensangrentándolas sin reserva en toda nuestra nación".

"Pues, cómo dais oídos a tan afrentosas pláticas llenas de marañas y embustes, que todas se reducen a teneros por esclavos y sacar el oro de las venas de la tierra, derramando antes la sangre helada que está en las vuestras. Mirad que es apariencia el pretexto de extender la cristiana religión, siendo el intento principal la codicia, y todo lo demás fingido, pues sus obras son peores que las otras gentes y no debe ser bueno ni provechoso lo que nos persuaden que hagamos; pues ellos obran al contrario de lo que aconsejan. Y en fin, pongamos los pechos firmes, con duros corazones, al trance de una batalla donde elijamos, breve y honrosamente, dejando obrar a la fortuna que siempre favorece a los osados"<sup>24</sup>.

Las palabras de Galvarino fueron de gran eficacia y alentaron, en su determinación de luchar, a los mapuches que se retiraron hacia las montañas para prepararse a continuar la guerra.

"Movieron su ejército los españoles con cautela, y echando gente ligera a correr de trasnochada las tierras en adelante, para apresar indios que fueron conducidos al campamento, donde, hechos objetos de dádivas y agasajos querían que dijieran dónde se encontraba Caupolicán con su ejército"<sup>25</sup>. Como ninguno se atreviese a descubrirlo, fueron cruelmente atormentados, pero antes perdían la vida que revelaban el secreto.

Entró Don García al valle de Arauco, y llegó al fuerte, continuando su avance para establecerse en el valle de Puculué. Pasaron los españoles la

<sup>24</sup>Gerónimo de Quiroga, *Memorias*, págs. 134 y 135.

<sup>25</sup>Gerónimo de Quiroga, *Memorias*, pág. 135.

noche, y al amanecer tronaron por todas partes aquellos montes: los españoles tenían a su frente a todas las fuerzas de Caupolicán. Arremetió de inmediato la caballería y descargó balas y clavos de artillería.

Quiroga describe la batalla:

“Combatíase por todas partes poniendo miedo y quitando cruelmente las vidas: chocaban las hileras y escuadrones ordenados unos con otros, deshaciéndose el orden y los cuerpos, cortándose e incorporándose con la necesidad y la destreza; pero moviéndose a un todo el campo enemigo con intrépida violencia, retiró nuestras empeñadas tropas al abrigo de la infantería. Y viendo huir con rienda suelta los cansados caballos, cantaron los feroces bárbaros la victoria, siguiendo el alcance, hasta entrarse por las picas”.

Agrega Quiroga: “No había persona sin herida, ni arma ociosa, los españoles fueron obligados a retirarse hacia una loma. Mejorando de sitio ahora, mejoraron de fortuna”<sup>26</sup>. Los indios temían la artillería creyendo que ella obraba por sí, conque se cargaba y descargaba libremente y los disparos de los cañones abriendo grandes brechas los obligó a abandonar el campo, entregándole victoria a los españoles.

“Galvarino, aquel bárbaro a quien cortaron las manos, desde una eminencia, diciendo a los suyos mil baldones, los persuadía a volver al combate, asegurándoles que en el trance desta batalla consistía su honra y perpetua libertad, y que ya quedaban pocos cristianos que vencer, rendidos y desangrados, y que el esfuerzo que empleaban en huir lo aplicasen a vencer, pues aunque librasen las vidas, no se librarián de la afrenta ni rigurosa esclavitud. Nada bastó para detenerlos, porque la fortuna acompañaba a Don García y así prosiguió algún trecho en el alcance”<sup>27</sup>.

Apresáronse indios en gran número, y entre ellos a Galvarino, quien habló así, de acuerdo a Ercilla:

“¡Oh gentes fementidas, detestables,  
indignas de la gloria deste día!  
Hartad vuestras gargantas insaciables  
en esta aborrecida sangre mía;  
que, aunque los fieros hados variables  
trastornen la araucana monarquía,  
muertos podremos ser, mas no vencidos,

<sup>26</sup>Gerónimo de Quiroga, *Memorias*, pág. 139.

<sup>27</sup>Gerónimo de Quiroga, *Memorias*, pág. 139.

ni los ánimos libres oprimidos".  
"No penséis que la muerte rehusamos,  
que en ella estriba ya nuestra esperanza;  
que si la odiosa vida dilatamos  
es por hacer mayor nuestra venganza"<sup>28</sup>.

"La muerte y no la vida me conviene,  
pues en ella á mi deuda satisfago;  
pero, si algún disgusto y pena tiene  
este importante y deseado trago,  
es no veros primero hecho pedazos  
con estos dientes y troncados brazos".  
De tal manera el bárbaro esforzado  
la muerte en alta voz solicitaba<sup>29</sup>.

Ercilla escribe que él y otros intercedieron por la vida de Galvarino por su propósito firme y osadía, pero ésta no se le concedió y es ajusticiado como relata:

"Por falta de verdugo, que no había  
quien el oficio hubiese acostumbrado,  
quedó casi por uso de aquel día  
un modo de matar jamás usado;  
que a cada indio de aquella compañía  
un bastante cordel le fue entregado,  
Diciéndole que el árbol eligiese  
Donde a su voluntad se suspendiese"<sup>30</sup>.

Así terminó la vida de Galvarino que el cronista llama "bárbaro contumaz y obstinado", y que en honor a su historia y trayectoria debemos llamar como Galvarino El Indomable.

<sup>28</sup> Alonso de Ercilla, *La Araucana*, pág. 432.

<sup>29</sup> Alonso de Ercilla, *La Araucana*, pág. 433.

<sup>30</sup> Alonso de Ercilla, *La Araucana*, pág. 433.